Una interpretación de la historia de Cuba desde el 2001

Colección **PENSAMIENTO**

Una interpretación de la historia de Cuba desde el 2001

Dr. Armando Hart Dávalos

Este material ha sido publicado por:
Oficina del Programa Martiano
Calzada No. 807 esq. Calle 4, Vedado
Ciudad de La Habana, Cuba
Año 2001

Una interpretación de la historia de Cuba desde el 2001

Expreso aquí mis opiniones acerca de los fundamentos en virtud de los cuales a Cuba le ha correspondido, no obstante su pequeñez geográfica y limitados recursos naturales, desempeñar un importante papel internacional especialmente en la segunda mitad del siglo XX. Es necesario estudiar las razones de este hecho pues no se trata de un milagro ni tampoco es cuestión exclusiva de que el país ha sido conducido por el inmenso talento de Fidel Castro. Así quisieran verlo quienes piensan que con su desaparición física desaparecerá también el llamado "caso cubano". La cuestión es más compleja. El mérito de Fidel radica en haber asumido y sintetizado la singular experiencia histórica de Cuba, acumulada en una evolución de doscientos años. Quienes aspiran a que cuando por ley biológica se cumpla su ciclo histórico y otras generaciones abandonen sus banderas, confiesan abiertamente su impotencia para vencerle en vida desacreditando sus ideas y confían como recurso extremo en alcanzar por la obra inexorable de esa ley lo que les resulta imposible lograr. Con ello le hacen, sin proponérselo, un gran honor a su persona. Sin embargo, la historia demuestra que hombres de sus características se agigantan, tras la muerte, en la conciencia popular. Su

figura será entonces todavía mayor y no habrá posibilidad de destruir el crisol de ideas y aspiraciones humanistas que representa Fidel Castro.

El análisis de la historia se enriquece y completa con cada etapa transcurrida. En el inicio de un nuevo siglo y un nuevo milenio constituye una obligación y una necesidad llevar a cabo, desde la perspectiva actual, ese análisis que nos permita arribar a una síntesis de lo ocurrido en las dos últimas centurias, desde los tiempos forjadores de la nacionalidad hasta nuestros días. Constituye también un compromiso internacional investigar y descubrir las claves que hicieron factible y necesario el papel desempeñado por el país en la segunda mitad del siglo que acaba de finalizar. Por otra parte el conocimiento profundo que las nuevas generaciones tengan, como memoria colectiva, acerca de nuestra evolución y desarrollo como nación independiente constituye un elemento esencial para la garantía de la continuidad de la Revolución.

La existencia y fortaleza de la nación cubana ha estado siempre fundamentada en la unidad política del pueblo trabajador. Este país, desde el proceso de gestación de la nación y en su recorrido hasta nuestros días, debió enfrentarse a las más diversas y complejas contradicciones internacionales. Dos hombres hicieron posible la unidad nacional: José Martí, que en el siglo XIX la hizo cristalizar a partir de un ingente esfuerzo político y cultu-

ral, y Fidel Castro, que al evitar que "el Apóstol muriera en el año de su centenario" (1953) –como dijo en el juicio seguido por el asalto a la segunda fortaleza militar del país– hizo crecer la memoria del Maestro y le extrajo a su pensamiento vivo y profundo todas las lecciones necesarias para hacer verdaderamente independiente la patria.

En la próxima centuria, que comienza ya, la perdurabilidad y fortaleza de la nación tendrá, como garantía decisiva, la unidad alcanzada, la cual se nutre de las ideas y sentimientos que ocho generaciones de cubanos fueron tejiendo con su sangre, trabajo, inteligencia y cultura. Durante siglo y medio, contado desde 1868. Nuestra tarea consiste en interpretar y actualizar el significado de esa tradición y continuar formando en ella a las nuevas promociones para que, al hacer suyas las banderas de la Revolución cubana, las exalten y defiendan en un mundo bien diferente y mucho más complejo que el actual.

En la nueva época, la cultura de Nuestra América y dentro de ella la de Cuba, puede y debe desempeñar un papel decisivo en la historia futura del hemisferio occidental y, por tanto, del mundo. La historia es, o debe ser, maestra de la política. Sus lecciones se nos presentan en dos planos a estudiar: el primero se refiere a la información y descripción de los hechos y acontecimientos que marcan su recorrido en el tiempo; el segundo, a

la evolución de las ideas contenidas en el "hilo invisible que –dice el Apóstol– une a los hombres de las distintas épocas". Este último aspecto es el que me propongo tratar con más detenimiento en el presente trabajo con el ánimo de contribuir al esfuerzo generoso que viene realizándose en el país a favor de un mayor y mejor conocimiento y enseñanza de la historia de Cuba.

Mi propósito será, pues, tratar la historia de las ideas, en particular de la ética en la política cubana, las que, desde luego, se hallan entrelazadas con las de carácter económico y social más importantes en el largo período que analizamos. Lo haré, a partir del método del materialismo histórico, es decir, tomando en cuenta los hechos y procesos económicos y sociales que condicionaron nuestra historia y, a la vez, la evolución de las ideas políticas y culturales que con ella se relacionan.

Desde los tiempos forjadores de la nación (1790-1868) hasta nuestros días, la composición social del pueblo de Cuba ha tenido un carácter esencialmente de población trabajadora. Léase la definición de Fidel Castro en *La historia me absolverá* en la que señala lo que entendía por *pueblo si de lucha se trata.* Dice:

> *Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los* ***seiscientos mil*** *cubanos que están sin trabajo (...) a los* ***quinientos mil*** *obreros del campo (...); a los* ***cuatrocientos mil*** *obreros industriales y bra-*

ceros (...); a los ***treinta mil*** *maestros y profesores (...); a los* ***diez mil*** *profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, (...)*

Obsérvese que no menciona la burguesía nacional –pienso– porque no existía como clase social portadora de un ideal cultural nacional.

Esta composición social fue gestándose a lo largo del siglo XIX y durante la primera mitad del XX, y constituyó la base del proceso revolucionario iniciado en 1953 con el asalto al cuartel Moncada. Con la victoria del 1° de Enero de 1959 y la proclamación de su carácter socialista el 17 de Abril de 1961, la Revolución ha podido, con ese sólido respaldo popular, resistir durante más de 40 años al imperio de mayor poder de la Tierra. Es un importante punto de referencia para conocer al pueblo cubano de hoy y que se proyecta hacia el mañana como consecuencia de esa Revolución. No obstante, al iniciarse una nueva centuria, se observa que se han producido en esa composición cambios muy importantes debido a las transformaciones socioeconómicas y a la elevación del nivel de instrucción de la población. Sin embargo, el análisis de la evolución histórica de esta composición social constituye un antecedente vital para quienes pretenden conocer y estudiar a Cuba.

Hoy la base social de obreros, campesinos e intelectuales y estudiantes de nuestra sociedad ha elevado considerablemente su nivel de instrucción y una comprensión más profunda de su pasado y de su presente para enfrentar los desafíos del siglo XXI. Esto sólo puede hacerlo sobre el fundamento de los objetivos de integración latinoamericana y caribeña y de entenderse de forma culta, y por tanto revolucionaria, con el mundo .

Hay cinco procesos de la historia de Cuba y del hemisferio occidental en los siglos XIX y XX que tuvieron una marcada y singular influencia en la historia de nuestro país. Los mismos sirvieron de condicionamiento para la composición social de la nación, es decir, la evolución económica de Cuba en esas dos centurias. Ellos son:

- La necesidad de liquidar el sistema colonial europeo en América (siglo XIX).
- El desarrollo y expansión de los Estados Unidos a lo largo de aquella centuria que sentó las bases del imperialismo moderno (siglo XIX).
- El crecimiento acelerado de la población esclava de origen africano y de trabajadores blancos traídos de España y de otras latitudes que conformó como conjunto una composición social y de masas que sufrían la doble explotación nacional y de clases (siglos XIX y XX).
- Por último, en el siglo XX la dominación del imperialismo norteamericano que impidió todo

posible desarrollo capitalista independiente en la base

Ellos tienen su origen, en última instancia, en el altísimo desarrollo científico y técnico y la expansión industrial del siglo XIX. Obviamente, esto último condicionó los procesos de aquella centuria. Ningún país de Occidente había sido sometido durante cien años de manera tan profunda y sistemática al tipo de influencia que estos factores tuvieron. Esto, unido a la situación geográfica y económica, su insularidad y su dependencia del comercio exterior, condicionaron la singularidad cubana.

Un problema universal, el sistema esclavista y colonial, estuvo planteado en el "crucero del mundo", donde las ambiciones de las poderosas potencias del orbe se hallaban en acecho con la intención de apoderarse de Cuba, la Llave de las Antillas.

Cuba se había convertido en un elemento de importancia singular en el entrecruzamiento de los poderes de Occidente. Esta ha sido una constante en la historia del país que reveló con mayor nitidez y con profundidad revolucionaria José Martí, y que sigue hoy presente como el reto esencial de la nación. Para cristalizar como tal necesitábamos un pensamiento humanista en favor de los pobres de la tierra; se requería de una visión ecuménica de la justicia y de la dignidad humana sin ninguna de las trabas y restricciones que los intereses crea-

dos le habían impuesto a las ideas de libertad, igualdad y fraternidad. Estas ideas guiaban a los patriotas en el nacimiento de la nación, tras un largo proceso social que se había iniciado con la colonización 400 años antes.

Tres hechos imposibilitaron que emergiera en Cuba una burguesía portadora del ideal nacional:

– La monarquía española, atada a la ideología más atrasada del Medioevo, no pudo entender a los reformistas cubanos, quienes hipotéticamente hubieran podido generar el núcleo portador de una cultura burguesa nacional.

– Los sectores burgueses menos comprometidos con los intereses españoles, menos dependientes de ellos y más ahogados económicamente, aislados e instalados sobre todo en la región oriental, optaron a partir de 1868 por la solución radical de la contradicción social generada por la colonia y la esclavitud. Los más avanzados, en tanto herederos de la tradición abolicionista e independentista de Varela, hicieron causa común con las masas oprimidas, durante un largo proceso de treinta años en el que se libraron dos guerras devastadoras de la población y la riqueza de la Isla.

La intervención militar y política de Estados Unidos y el posterior apoderamiento de Cuba por esta emergente potencia mundial, impidieron para siempre la posibilidad de que con la independencia naciera y se desarrollara un burguesía capaz de expresar el auténtico ideal cubano.

En el dilatado proceso de formación de la nación cubana el inicio de la lucha por la independencia está íntimamente vinculado al surgimiento de la cultura nacional cuando el 20 de Octubre, en Bayamo, se entonaron por primera vez públicamente la letra y las notas de nuestro Himno Nacional. La contradicción, señalada por Lenin, entre la cultura de los explotados y la de los explotadores quedó resuelta en nuestro caso de manera radical.

La cultura de los anexionistas, antes y después de 1868, y también la de los autonomistas, negadoras de nuestra aspiración a existir como nación independiente, no alcanzaron preminencia en nuestro movimiento intelectual. La cultura de España, una de las esencias de nuestra vida espiritual, sí lo hizo con elementos fundamentales, aunque renovada radicalmente por los próceres y pensadores de nuestras epopeyas liberadoras.

Veamos cómo se desarrolló este proceso que abarca un período histórico de doscientos años. Desde finales del siglo XVIII y los comienzos del XIX, los grupos intelectuales del país recibieron la cultura política, social

y filosófica más elevada de Europa de su época, aunque objetivamente eran muy reducidos, lograron introducirlas en el sello forjador de la nación por el dominio decisivo que ejercían en el embrionario sistema educacional cubano y en la formación de la opinión pública de entonces. Podemos agregar que la metrópoli hispánica y su sistema colonial y esclavista en Cuba no tenía la cultura necesaria, no ya para oponerse, ni siquiera para desviar el curso del pensamiento radicalmente democrático que se gestó, forjándose así una revolución social creadora de la nación (1868) que, como ha dicho Cintio Vitier, en otras latitudes las revoluciones se desarrollaron en el seno de las naciones. En Cuba, la revolución fue la que creó e hizo la nación. Si no se entiende esto no se entiende a Cuba.

A partir de las últimas décadas del XVIII recibimos influencias de la ilustración y la modernidad europeas, pero asumimos y recreamos estos paradigmas y valores intelectuales sin las contradicciones clasistas que tras Waterloo y la Santa Alianza se dieron en la Europa burguesa latifundista. Pero, además, en la primera mitad del XIX, esa cultura que había asumido siempre en sus formas más puras las tradiciones éticas cristianas y la modernidad europea sin ponerlas en antagonismo, fue enriquecida y elevada con sentido de continuidad a planos universales superiores por José Martí. Repasemos ahora cómo ocurrió este proceso.

A finales del siglo XVIII y principios del XIX se producen importantes acontecimientos internacionales. El movimiento independentista de hispanoamérica influye sobre Cuba. Asimismo el ascenso de la burguesia industrial en una serie de países de Europa y en América del Norte va imponiendo el interés de ampliar el comercio internacional. En Cuba ello repercute en una doble y contradictoria dirección: de una parte abre las perspectivas para el comercio libre y de la otra combina este comercio con el tráfico de esclavos. A esto se añaden las pretensiones hegemónicas de Estados Unidos que dan lugar al surgimiento de la tendencia anexionista en nuestro país. Asimismo España concentró y fortaleció su poder colonial en Cuba y Puerto Rico.

Tal panorama se refleja en la política seguida por la metrópoli española a partir de 1791. Se dispusieron exenciones en el pago de algunos impuestos y facilidades comerciales y de otro tipo que ayudaron a introducir equipos para el mejoramiento de la industria azucarera lo que propició un crecimiento acelerado de la misma.

Sin embargo --y he ahí la clave de la cuestión– en esta política estaban incluidas mayores facilidades para el tráfico de esclavos. Este hecho es de suma importancia para valorar las razones que impidieron a principios del XIX el desarrollo del ideal separatista. Pero, a su vez, ello transformó la composición de clases y contribuyó a la radicalización posterior del movimiento independentista.

El trabajo agrícola e industrial de la zafra requería de una gran cantidad de brazos puesto que se laboraba en condiciones muy duras. La ampliación de la industria azucarera y las condiciones en que se desenvolvía el trabajo en la zafra condujeron a los colonialistas españoles y a los terratenientes cubanos a incrementar en forma también acelerada el tráfico de esclavos.

A principios del siglo XIX, como consecuencia de la Revolución de Haití, aumentaron las plantaciones cañeras y cafetaleras en nuestro país. Ello propició un cierto crecimiento de la economía basada en un régimen esclavista. Entre 1791 y 1825 se produjo un incremento notable del número de esclavos y al finalizar el primer cuarto del siglo XIX la población negra de Cuba ascendía al 56% del total. Esto alarmó a los terratenientes por el temor a que ocurriera un movimiento como el que había propiciado la independencia de Haití.

En ese período el proceso de formación nacional tropezaba con obstáculos que a muchos les parecían insalvables. Se unían en un nudo difícil de desatar el interés del régimen colonial por ampliar el sistema esclavista, el temor de muchos terratenientes criollos a la independencia porque ello conduciría a la abolición de la esclavitud y el objetivo de la política norteamericana de que Cuba permaneciera bajo el dominio español hasta que estuvieran creadas la condiciones para apoderarse del país.

que el sistema dominante en España, al que teóricamente podría ser de interés estratégico este objetivo, no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación tiene, desde luego, fundamentos económicos. En España, no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permitiera comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

En Cuba, la esclavitud necesitaba ser abolida para garantizar la independencia y producir, como en efecto ocurrió, la integración nacional. Existía el temor de que ello pudiera provocar revueltas y luchas cruentas que le abrieran a Estados Unidos el camino para apoderarse del país.

A esta encrucijada se enfrentaba el movimiento reformista. Las tesis que pesentaba eran aparentemente más sólidas y seguras en relación con las de los independentistas. Las de estos últimos resultaban más románticas y cargadas de aventuras, en efecto así eran, pero lo interesante está en que la lógica de la historia les dio la razón a los independentistas y abolicionistas.

José Antonio Saco, el más brillante reformista, llegó en su exaltación de la racionalidad, a afirmar que dados los peligros que amenazaban a Cuba, una revolución social podría ser útil si se garantizaba su victoria

con la exactitud de una conclusión matemática. Es difícil encontrar una expresión más exagerada de pensamiento racionalista.

Los reformistas no pudieron concebir sobre tales premisas la nación que objetivamente surgió, faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre. Y no es que muchos de ellos no fueran patriotas, es que para serlo de forma consecuente había que soñar con la justicia social entre los hombres. No alcanzaron a comprender que la integración nacional cubana presuponía la inmediata y radical abolición de la esclavitud ni llegaron a comprender que la clave de la historia nacional estaba dada por la articulación de dos grandes necesidades: la abolición radical de la esclavitud y la independencia del país, y que esto sólo era posible por la revolución. Pero le temían a la revolución y era ella la única forma de integrar la nación, de lo cual podemos llegar a la conclusión de que la más amplia información y cultura, si no toma en cuenta el drama social y político, no podrá llegar a soluciones certeras históricamente.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de los reformistas, que era tan alta o superior a la del capitalismo de su época en el mundo, no logró alcanzar el sueño de una patria como la concibieron el pensar y actuar de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez y José Martí, entre muchos

otros, es decir, la que hoy tenemos, y que para desarrollarse hacia el siglo XXI no puede renunciar jamás al sueño de la libertad universal del hombre. Si abandona esta utopía dejará de ser; si la mantiene en alto continuará siendo mientras exista humanidad.

¿Cuál es la lección que nos dejó lo mejor y más patriótico del pensamiento reformista? Que aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal conocer, es también necesario querer y soñar con la igualdad social entendida en su alcance universal, y ello no se logra exclusivamente con el apoyo de las ciencias naturales, es indispensable también la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de los sentimientos y las emociones y fortalecer la solidaridad humana. Esto último, aunque resulte más difícil de descubrir, posee fundamentos científicos e influencia objetiva en la historia. Es indispensable, pues, que venga en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y de la cultura.

Los independentistas, sobre el fundamento de su cultura y sensibilidad ética, inspirada y acendrada en el ideal humanista en su expresión más revolucionaria, tendrían iniciativas más realistas, aunque a los primeros les parecía imposible o muy peligroso.

Los que querían una Cuba libre radicalmente de España por las vías de la revolución, se planteaban, a su

vez, una gran transformación social: la abolición de la esclavitud.

El sentimiento ético que animaba a los que soñaban con la liberación del hombre en la Cuba decimonónica, poseía más realismo histórico que el pensamiento capitalista y racionalista que proponía reformas graduales bajo la tutela de España. Los reformistas basaban su acción en que el sistema dominante en la península ibérica hubiera entendido sus demandas, lo que sin duda hubiese sido más beneficioso a sus intereses estratégicos en Cuba, pero las decisiones políticas no suelen adoptarse, la mayoría de las veces, en función de tales intereses estratégicos de un sistema social, sino de las aspiraciones inmediatas de los grupos que dentro de las clases dominantes las acaban por imponer. Es una meditación útil para que se analicen los retos que hoy tiene la civilización occidental en la etapa que han llamado "postmoderna".

La ética expresada en una utopía realizable hacia el futuro presente en el pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX, estaba ensamblada con las necesidades de una Cuba independiente y sin esclavos, y acabó mostrando todo su realismo en la revolución nacida el 10 de Octubre de 1868 y que es la misma que hoy, 130 años después, sigue defendiendo el pueblo de Cuba.

En aquellos días iniciales, la ciudad de Bayamo fue tomada por las tropas patrióticas y, en el calor de la

que el sistema dominante en España, al que teóricamente podría ser de interés estratégico este objetivo, no poseía la cultura necesaria para entender, ni mucho menos asumir, a los reformistas cubanos. Esta limitación tiene, desde luego, fundamentos económicos. En España, no había tenido lugar una profunda revolución burguesa ni un ascenso del capitalismo que le permitiera comprender el significado de las ideas reformistas e insertarlas en su propio desarrollo. Un país que no gozaba de libertad no podía brindársela a otro.

En Cuba, la esclavitud necesitaba ser abolida para garantizar la independencia y producir, como en efecto ocurrió, la integración nacional. Existía el temor de que ello pudiera provocar revueltas y luchas cruentas que le abrieran a Estados Unidos el camino para apoderarse del país.

A esta encrucijada se enfrentaba el movimiento reformista. Las tesis que pesentaba eran aparentemente más sólidas y seguras en relación con las de los independentistas. Las de estos últimos resultaban más románticas y cargadas de aventuras, en efecto así eran, pero lo interesante está en que la lógica de la historia les dio la razón a los independentistas y abolicionistas.

José Antonio Saco, el más brillante reformista, llegó en su exaltación de la racionalidad, a afirmar que dados los peligros que amenazaban a Cuba, una revolución social podría ser útil si se garantizaba su victoria

con la exactitud de una conclusión matemática. Es difícil encontrar una expresión más exagerada de pensamiento racionalista.

Los reformistas no pudieron concebir sobre tales premisas la nación que objetivamente surgió, faltó lo que en esencia tiene la cultura cubana: la utopía de la redención universal del hombre. Y no es que muchos de ellos no fueran patriotas, es que para serlo de forma consecuente había que soñar con la justicia social entre los hombres. No alcanzaron a comprender que la integración nacional cubana presuponía la inmediata y radical abolición de la esclavitud ni llegaron a comprender que la clave de la historia nacional estaba dada por la articulación de dos grandes necesidades: la abolición radical de la esclavitud y la independencia del país, y que esto sólo era posible por la revolución. Pero le temían a la revolución y era ella la única forma de integrar la nación, de lo cual podemos llegar a la conclusión de que la más amplia información y cultura, si no toma en cuenta el drama social y político, no podrá llegar a soluciones certeras históricamente.

La inmensa cultura occidental, racionalista y científica de los reformistas, que era tan alta o superior a la del capitalismo de su época en el mundo, no logró alcanzar el sueño de una patria como la concibieron el pensar y actuar de Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez y José Martí, entre muchos

otros, es decir, la que hoy tenemos, y que para desarrollarse hacia el siglo XXI no puede renunciar jamás al sueño de la libertad universal del hombre. Si abandona esta utopía dejará de ser; si la mantiene en alto continuará siendo mientras exista humanidad.

¿Cuál es la lección que nos dejó lo mejor y más patriótico del pensamiento reformista? Que aunque es indispensable, no basta para el cubano completo y cabal conocer, es también necesario querer y soñar con la igualdad social entendida en su alcance universal, y ello no se logra exclusivamente con el apoyo de las ciencias naturales, es indispensable también la conciencia, la voluntad y, por tanto, el cultivo de los sentimientos y las emociones y fortalecer la solidaridad humana. Esto último, aunque resulte más difícil de descubrir, posee fundamentos científicos e influencia objetiva en la historia. Es indispensable, pues, que venga en nuestra ayuda la imaginación y el vuelo que suelen tener los poetas, los profetas y los héroes. He ahí el decisivo papel de la educación y de la cultura.

Los independentistas, sobre el fundamento de su cultura y sensibilidad ética, inspirada y acendrada en el ideal humanista en su expresión más revolucionaria, tendrían iniciativas más realistas, aunque a los primeros les parecía imposible o muy peligroso.

Los que querían una Cuba libre radicalmente de España por las vías de la revolución, se planteaban, a su

vez, una gran transformación social: la abolición de la esclavitud.

El sentimiento ético que animaba a los que soñaban con la liberación del hombre en la Cuba decimonónica, poseía más realismo histórico que el pensamiento capitalista y racionalista que proponía reformas graduales bajo la tutela de España. Los reformistas basaban su acción en que el sistema dominante en la península ibérica hubiera entendido sus demandas, lo que sin duda hubiese sido más beneficioso a sus intereses estratégicos en Cuba, pero las decisiones políticas no suelen adoptarse, la mayoría de las veces, en función de tales intereses estratégicos de un sistema social, sino de las aspiraciones inmediatas de los grupos que dentro de las clases dominantes las acaban por imponer. Es una meditación útil para que se analicen los retos que hoy tiene la civilización occidental en la etapa que han llamado "postmoderna".

La ética expresada en una utopía realizable hacia el futuro presente en el pensamiento cubano de la primera mitad del siglo XIX, estaba ensamblada con las necesidades de una Cuba independiente y sin esclavos, y acabó mostrando todo su realismo en la revolución nacida el 10 de Octubre de 1868 y que es la misma que hoy, 130 años después, sigue defendiendo el pueblo de Cuba.

En aquellos días iniciales, la ciudad de Bayamo fue tomada por las tropas patrióticas y, en el calor de la

contienda, como una marcha llamando al combate, nació lo que más tarde sería nuestro Himno Nacional. Posteriormente, cuando el ejército español avanzaba hacia la ciudad, los mambises decidieron incendiarla por acuerdo de su Ayuntamiento. Con esa determinación y esa intransigencia surgía la patria cubana. Antecedente a tener en cuenta cuando hoy decimos ¡Patria o Muerte!.

El Estado cubano se fundó con la creación de la República en Armas cuando se proclamó la Constitución de Guáimaro el 10 de Octubre de 1869, que le dio forma institucional al ideal independentista y de igualdad social. El 20 de Mayo de 1902 surgió la república neocolonial sometida al imperialismo, con un apéndice en su constitución cuyo texto fue aprobado por el Congreso norteamericano y que se conoce como Enmienda Platt. Esta república neocolonial, con algunos cambios posteriores, pervivió hasta el 1º de Enero de 1959, cuando emergió con la Revolución la etapa de la república independiente. Hemos tenido, pues, tres fases: la República en Armas, la república neocolonial y la república independiente.

Este proceso iniciado con la lucha armada, cuyos símbolos más altos fueron Céspedes y Agramonte, marcó la continuidad de la Revolución y de la nación cubana. Bajo las banderas de la República en Armas se forjaron hechos heroicos y se tejió una epopeya imborrable. Sin embargo, ocurrieron acontecimientos dramáticos en re-

lación con la unidad entre los cubanos que condicionaron las fatales consecuencias del gran revés de El Zanjón. Es necesario estudiar los hitos de aquél doloroso proceso.

Analicemos la identidad esencial y las contradicciones entre los padres fundadores de aquella epopeya: Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramonte. No es posible analizar el pensamiento de cada uno de estos dos grandes sin tener en cuenta su identidad esencial y sus diferencias circunstanciales. Ambos, tanto en lo que se identifican como en lo que se diferencian, están unidos por la historia. Están situados en el corazón del pueblo como los símbolos más altos de la etapa revolucionaria que rompió el nudo anexionismo, reformismo, esclavitud. Ellos marcan los límites de las dos grandes épocas. Antes, esclavitud, anexionismo y reformismo eran corrientes predominantes, y el separatismo todavía no había sufrido su prueba de fuego. Después, la esclavitud desaparece como sistema de explotación, el anexionismo naufraga históricamente, el reformismo deviene una concepción política cada vez más reaccionaria y el separatismo se impone como la corriente principal.

Céspedes y Agramonte representaron las concepciones democráticas e independentistas con tal fuerza y originalidad, que abrieron el camino para una evolución posterior del pensamiento revolucionario. Después de la Guerra de los Diez Años, el independentismo adquiere

un carácter más radical y profundamente latinoamericano, que se expresa con toda nitidez en el pensamiento de José Martí.

Las diferencias entre Céspedes y Agramonte se refieren a cuestiones eminentemente prácticas que generan actitudes y maneras distintas de enfrentar los problemas de dirección de la lucha armada, y la decisión sobre el momento de disponer las medidas revolucionarias a las cuales ambos estaban adscritos.

Tales diferencias no podían constituir, en combatientes de la calidad revolucionaria de Céspedes y Agramonte, problemas insalvables. Prueba inequívoca de ello está en que, como señalara Fidel, durante los años anteriores a la muerte de Agramonte, se había ido produciendo un proceso de acercamiento político entre ambas figuras de la revolución independentista.

Céspedes es la recta personalidad de un revolucionario maduro, intrépido, y audaz, que había acumulado vasta experiencia política. Agramonte es el revolucionario brillante, cuyo fervor democrático, capacidad organizativa y arrojo militar, que lo sitúan en la historia como el hijo predilecto de la Revolución, que muere en plena juventud. Ambos eran revolucionarios de profundas convicciones y sensibilidad democrática. Hombres así no se separan de la historia.

En 1868, Céspedes andaba cerca de los cincuenta años. Impaciente, decidido, había acumulado la sufi-

ciente cultura, sensibilidad y amor a la causa de Cuba como para romper con todo lo que aquel medio colonial significaba y adscribirse al ideario más avanzado que podía concebirse en la Cuba de su época.

Para entender cada uno de sus actos, e incluso sus métodos y las formas en que él concebía podría dirigirse la guerra, hay que partir del hecho de que, en el momento de iniciarla, liberó a sus esclavos, los abrazó como hermanos y con ellos comenzó la lucha armada.

Hombre de carácter duro, según sus contemporáneos, fue sin embargo uno de los más disciplinados y de los que más subordinó sus criterios al interés de la unidad del movimiento independentista. Esto le atribuye un mérito especial , dado su carácter y sus ideas profundamente arraigadas .

Céspedes decía de sí mismo que era un hombre irascible y de un genio tempestuoso. Apuntaba también el Padre de la Patria: "...Entre Los sacrificios que me ha impuesto la revolución, lo más duro para mí ha sido el sacrificio de mi carácter". José Martí, recordando esas expresiones de Céspedes, señalaba "[...]Dominó lo que nadie domina".

Un hombre de su temple y temperamento, con firmísimas convicciones personales, acató con ejemplar modestia y disciplina, una serie de decisiones que consideraba erróneas.

Con concepciones tan arraigadas, muchas de las cuales la historia se ha encargado de confirmar como correctas, fue capaz de respetar –acaso como nadie– la autoridad civil, en nombre de la cual le destituyeron, y no le dieron el amparo necesario, dejándolo prácticamente a merced de la tropas españolas.

Para él, la unidad de la revolución y el principio de disciplina hacia las autoridades en que la misma había confiado su dirección, eran más importantes que sus propias convicciones. Puesto en la dramática disyuntiva de escoger, entre provocar la división interna o acatar las decisiones que consideraba afectaban el desarrollo de la guerra, no tuvo un segundo de vacilación. La necesidad de obedecer los dictados de la disciplina y el superior interés de la unidad los puso por encima de cualquier otra consideración. Un elemental deber de justicia histórica nos exige subrayarlo.

La Asamblea de Guáimaro adoptó decisiones que representaban una derrota para las concepciones "cespedistas" sobre los métodos y formas de dirigir la guerra. Céspedes las obedeció, e inspirado en el más sano patriotismo y en el interés de unificar todas las fuerzas independentistas, acató la manera parlamentaria de dirigir el movimiento insurreccional. Puso el interés supremo de la patria y la necesidad de la unión de los cubanos por encima de cualquier apreciación personal. Estas virtudes revolucionarias en hombres que tuvieron

los argumentos y la autoridad histórica de Céspedes son excepcionales.

Con lealtad a los principios democráticos sostuvo el criterio de que la guerra no podía dirigirse si no era unificando la dirección militar y civil. Es curioso observar que sus argumentos en defensa de este punto de vista, estaban en parte referidos a que solamente en la majestad de la república constituida pueden darse las formas jurídicas que, en definitiva, adopte el país. En este planteamiento hay, dentro del gran debate político de la época, una argumentación jurídica, democrática y civilista. Podrá decirse que esta afirmación era un simple argumento en la acérrima polémica en que dolorosamente se encontraban enfrascados aquellos gigantes de la historia. Sin embargo, el criterio de que no existía autoridad suficiente para adoptar decisiones con respecto a la forma de gobierno, demuestra hasta dónde habían penetrado en Céspedes los principios jurídicos, en nombre de los cuales lo destituyeron.

Debemos distinguir dos momentos del debate político entre las concepciones que representaban los patriotas camagüeyanos y la de Céspedes. Antes de la Asamblea Constituyente, las discusiones tenían características eminentemente políticas. Cuando se plantea la destitución de Céspedes, el debate político había sido teóricamente zanjado y se había transformado en una lucha en que primaban las pasiones. Los móviles de ín-

dole personal estaban prevaleciendo. En el acuerdo de la Cámara influyeron factores de este carácter, y ha quedado como lección imperecedera que las decisiones políticas no deben estar afectadas por móviles o pasiones de índole personal. Lección ética en la historia política de Cuba.

En la sesión de la Cámara que de manera unánime se destituye a Céspedes, estuvieron presentes nueve miembros. Tenemos la más absoluta convicción de que si hubiera estado presente en aquella sesión un revolucionario de la autoridad, condiciones personales y estatura política de Ignacio Agramonte, no se hubieran producido los acontecimientos en la forma en que los mismos tuvieron lugar ese día triste de la historia cubana.

La Cámara estaba investida de autoridad legal para decidir la destitución del presidente. Sin embargo, al hacer uso de esta facultad, cometió un grave error político: aceleró la división entre los patriotas y sentó las bases de la ilegalidad posterior. Por muy altos que fueran los méritos de casi todos los miembros de la Cámara, estamos en el deber de subrayarlo.

En 1873, la más efectiva garantía contra cualquier tendencia caudillista estaba en la autoridad institucional del Presidente de la República en Armas, y en el prestigio político e histórico de Carlos Manuel de Céspedes. El Padre de la Patria era, al momento de su destitución, el más sólido baluarte de la legalidad constitucional y de la unidad revolucionaria.

Caído heroicamente Agramonte, Céspedes se había convertido en la única personalidad con la autoridad necesaria y la formación política requerida para enfrentarse a las tendencias caudillistas. Hasta por su propia educación hay que situarlo entre los más firmes defensores de los principios constitucionales. Nada ejemplifica mejor este hecho que su actitud ante la destitución.

Cuando Céspedes se enfrentó a España, tuvo la audacia necesaria para adelantarse a sus compañeros e iniciar la guerra. Sin embargo, cuando en nombre de la patria la Cámara le enjuició y destituyó, tuvo la humildad indispensable para aceptar aquella decisión. Audacia y humildad eran, en última instancia, hijas del amor a Cuba y a la revolución.

En una carta íntima, decía: "En cuanto a mi deposición, he hecho lo que debía hacer. Me he inmolado ante el altar de mi patria en el templo de la fe. Por mí no se derramará sangre en Cuba. Mi conciencia está muy tranquila y espera el fallo de la historia".

No hemos de ver estos problemas como cuestiones exclusivamente jurídicas o constitucionales. Lo jurídico era la expresión formal de una necesidad política. El respeto a la ley en Céspedes y Agramonte era la expresión de su amor a la patria y a la independencia.

La solución del problema institucional estaba relacionado con cuestiones de enorme importancia prácti-

ca; se vinculaba estrechamente con la necesidad de hallar fórmulas que facilitaran la unidad del movimiento independentista. Tanto Céspedes como Agramonte, al manifestarse respetuosos por los aspectos jurídicos del problema, estaban buscando la manera de canalizar orgánicamente el apoyo de las masas a la lucha por la independencia y la mayor unidad y amplitud de la fuerzas revolucionarias. Ambos estaban animados por el noble interés de que la patria cubana apareciera ante el mundo como respetuosa de las fórmulas más civilizadas que ellos podían conocer para organizar y dirigir el Estado.

Por estas razones, la devoción de aquellos hombres a la ley y a la Constitución de su República en Armas, es uno de nuestros más hermosos recuerdos revolucionarios.

La idea de la república que ellos soñaron fue luego mancillada por el desenfreno de la política corrompida de la burguesía entregada al imperialismo yanqui. Pero el amor que ellos sintieron por las instituciones republicanas, por la Constitución y por las leyes de la patria que deseaban organizar, es un símbolo de su grandeza y ejemplo que hoy y mañana debemos recordar como una de nuestras sagradas memorias, porque en ese espíritu de obediencia a la ley latía un corazón de patriota inmaculado.

Sin embargo, el curso de la guerra demostró que las fórmulas jurídica y política de Guáimaro eran inefica-ces para organizar y dirigir la guerra y alcanzar la victo-ria. La insuficiencia no estuvo en el espíritu revoluciona-rio de los asambleístas de Guáimaro. Allí, por el contra-rio, radicaba su fuerza; estaba en el hecho de que las fórmulas más avanzadas de que disponían y trataron de aplicar no brindaban la solución acertada a los proble-mas que tenían ante sí. La dificultad consiste en que la solución más viable y práctica, es decir, la de Carlos Manuel de Céspedes, la consideraron como menos re-volucionaria.

Los grupos de una muy embrionaria burguesía nacional en el seno de una sociedad esclavista y colo-nialista que sólo se gestaba entonces, salieron derrota-dos de esa guerra que ellos heroicamente iniciaron. De-jaron, sin embargo, para la historia nacional, el ejemplo inmortal de patriotismo y la decisión de liberar a los es-clavos en la hora del alumbramiento de la nación. Se inmolaron en el altar de la patria y asumieron en la reali-dad de los hechos las ideas de libertad, igualdad y frater-nidad. Y decimos en la realidad porque en otras partes sólo se expresaron en el terreno verbal.

¿Qué sucedió tras el revés del Zanjón? La muy incipiente pequeña burguesía, los sectores de la intelectualidad revolucionaria, los campesinos y los es-

clavos liberados, tomaron definitivamente la responsabilidd de dirigir el movimiento independentista.

La bandera de la patria pasó asi a manos de las masas, y ya, de aqui en adelante, sólo serán las masas las que podrán defender frente a todos los obstáculos y vicisitudes, el estandarte nacional, el sentimiento patriótico, los principios de soberania y autodeterminación, y los derechos de Cuba en el concierto de los paises libres.

Las masas populares fueron, desde Baraguá hasta hoy, las únicas que pueden ofrecer resistencia a la injerencia extranjera e impulsar el desarrollo económico y social de Cuba.

Los gérmenes de una burguesía nacional que nunca logró históricamente cuajar, no concluyó con éxito su revolución, aunque dejaron para la posteridad el ejemplo de su heroísmo y las ideas más progresistas de su época. En consecuencia, sólo las ideas políticas y sociales capaces de interpretar los intereses de las masas, podían organizar en Cuba una sociedad nacional realmente libre e independiente.

Esta es la época en que el capital industrial y el bancarió comienzan a fusionarse y en la que Estados Unidos da inicio a la exportación de capitales hacia otros países. En Cuba, después de 1880, las inversiones norteamericanas empiezan a influir sobre nuestra economia.

Dos procesos van a desarrollarse en los últimos veinte años del siglo. Ambos han de afectar sustancialmente la historia de Cuba. Uno es el tránsito del capitalismo norteamericano hacia el imperialismo, que tiene su reflejo en el inicio del proceso que culminaría con el control de la industria azucarera; y el otro, el fortalecimiento del carácter popular de la revolución independentista, lo que determina que ésta alcance una fuerza decisiva.

En los años sucesivos, José Martí se muestra como el factor aglutinante y el elemento organizador de todos los sectores de la población cubana que iban a continuar la lucha armada por la independencia. Maceo, por su extracción social, su prestigio militar y por las demás razones antes apuntadas, deviene el representante más puro de las grandes masas que integran el Ejército Libertador, y Máximo Gómez, de origen dominicano, abrazó la causa de la independencia con abnegación, inteligencia y coraje y se convirtió en el gran estratega militar de nuestra epopeya.

Las condiciones van madurando, la conciencia se va desarrollando y se llega así a tener ideas muy claras acerca de la estrategia insurreccional y de las formas organizativas capaces de darle unidad a la lucha e incorporar a todo el pueblo.

El carácter y la fuerza que la dirección revolucionaria le dio a la guerra, estuvieron a la altura de sus máxi-

mas posibilidades históricas: pero es más, en algunas cuestiones puede decirse que la dirigencia de Maceo y Martí saltó por encima de su época. Ambos concibieron muy claramente el carácter antimperialista que habia que darle a la lucha por la independencia de Cuba. Todo esto se puede comprender a partir del análisis del *Manifiesto de Montecristi* suscrito por Máximo Gómez y José Martí, con el cual se inició la última etapa de la epopeya independentista.

Desde las primeras líneas del *Manifiesto de Montecristi* se destaca que el propósito inmediato de la revolución iniciada casi 30 años antes en Yara era el "saneamiento y emancipación del país para el bien de América y del mundo». Este objetivo, de interés universal, aparece como lo más sustantivo del ideario martiano y está presente a lo largo del texto que suscribió con Gómez. En dicho texto se plantea asimismo que:

La guerra de independencia de Cuba, nudo de haz de islas donde se han de cruzar, en plazo de pocos años el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno el heroísmo juicioso que las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y el equilibrio aun vacilante del mundo.

Más adelante se subraya:

> *La revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de ideas de interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil.*

La conclusión más importante en que quiero insistir es que el objetivo esencial de la Revolución cubana no obedece, exclusivamente, a causas de intereses locales ni se reduce a objetivos nacionales. La Revolución cubana, especialmente después que aparece la figura de Martí, es un suceso de interés y connotación universales. Tal interés se fundamenta y enlaza con los propósitos que se exponen en los estatutos del Partido Revolucionario Cubano de Martí, de "auxiliar y apoyar la independencia de Puerto Rico" y, además, como se recoge en el propio *Manifiesto*, alcanzar y asegurar unas Antillas libres que, a su vez, garanticen y protejan a una América libre.

La pregunta que debemos hacernos es por qué Martí quería una Cuba libre, unas Antillas libres y una América libre. Lo expresó de una manera tan diáfana que

no debería dar lugar a dudas o confusiones. En su artículo con motivo de la conmemoración del tercer aniversario del Partido Revolucionario Cubano, publicado en 1894, señaló:

> *En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, -mero fortín de la Roma americana; -y si libres y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora - serían en el continente la garantía del equilibrio, de la independencia para la América española aun amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles hallar más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.*

Se observa aquí cómo el Apóstol no pretendía agudizar el conflicto, al que calificó de innecesario, entre la América mestiza y la América sajona. Martí hubiera preferido buscar una solución al conflicto que no condujera a un antagonismo feroz. Pretendía que surgieran

unas Antillas libres para servir a los pueblos de Nuestra América, e incluso, al propio pueblo de los Estados Unidos que, según expresa, "hallará en el desarrollo de su territorio más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores". Y pretendía, como queda dicho, garantizar de esta forma, el equilibro del mundo.

En el propio *Manifiesto de Montecristi*, Gómez y Martí agregan:

> *Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral de América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo.*

Analicemos la identidad y la diferencia entre Gómez, Maceo y Martí. Fue necesario encontrar nuevos caminos para organizar la guerra, y éstos los hallaron Gómez, Maceo y Martí. Entre ellos había una identidad esencial, pero también diferencias circunstanciales en cuanto a las formas de emprender y dirigir la lucha armada.

El propósito irrenunciable de que Cuba fuera independiente de España y de Estados Unidos y que era parte integral de Nuestra América, lo poseían los tres por igual. Tampoco había divergencia alguna en cuanto a la necesidad de promover la unidad entre blancos, negros, cubanos, españoles y todos los componentes de nuestra sociedad. Por esta razón, la historia ha situado a los tres como el núcleo central de la epopeya independentista.

Sobre los puntos en discrepancia se puede confirmar con la perspectiva del tiempo transcurrido, que el Apóstol había estudiado y superado con profundidad y rigor los reparos civilistas que obstaculizaron la Guerra Grande y que ni en Gómez ni en Maceo existían los gérmenes del caudillismo militar que la hicieron naufragar en el Pacto del Zanjón. Sin embargo, en las discusiones de La Mejorana estaban presentes residuos de aquellas viejas cuestiones en las mentes de esos gigantes de la historia.

Antonio Maceo y Máximo Gómez demostraron desde el inicio de la contienda hasta el final, un gran respeto a la ley y a la autoridad de las dirigencias en las cuales la revolución había confiado su conducción. Alcanzaron timbres de gloria que los distinguen como ciudadanos de Cuba y de América y los presentan como ejemplos para todas las generaciones de revolucionarios cubanos. Ante la Intervención Norteamericana y la Asamblea del Cerro, Gómez sintió la ausencia de Martí.

La hazaña militar de la Invasión para traer la guerra al Occidente que juntos materializaron, constituye motivo de asombro y admiración dentro y fuera de Cuba. Sobre todo, cuando se toma en cuenta la abrumadora superioridad de la maquinaria militar que España llegó a tener en Cuba pues disponía del más moderno armamento de la época. Baste recordar que la metrópoli, despojada de sus inmensas colonias de América, acumuló contra nuestro país toda su fuerza militar y su resentimiento político de hondas raíces sicológicas. La idea de la Invasión, nacida desde los tiempos de la Guerra de los Diez Años, sólo podía asumirse de forma radical y llevarse a su realización práctica por el coraje, la inteligencia y cultura del Generalísimo y su Lugarteniente General. Estos valores integrados en una sola pieza expresan lo mejor y más original de nuestra identidad nacional.

El gran mérito histórico de Martí fue unir a todos los factores dispuestos a la guerra, organizarla, hacerla viable y, partiendo de ello, trasmitirle una ideología y una proyección política. Al darle una política a la guerra, Martí actuaba con un gran realismo y sentido práctico. No fueron pocos los obstáculos que encontró para alcanzar este objetivo. Después de los debates de La Mejorana, Martí dijo: "Comprendí que debía enfrentarme a la acusación de oponerle trabas leguleyescas a la guerra de independencia". Los tres, Martí, Gómez y Maceo estaban imbuidos de las mismas esencias; la protección de la justicia.

Lo esencial que quiero transmitir está en que el patriotismo cubano se halla insertado, desde su raíz misma, en un sentimiento y una aspiración universales. Así fue ayer, lo es y lo será mañana. La felicidad y el progreso de Cuba han dependido siempre de la forma en que se inserte en el mundo, y no hay manera de hacerlo si el país no es independiente. Cuba es parte sustantiva de las Antillas, de América y del mundo. En ella se integran los valores propios de la nación con los de carácter universal.

Nadie puede dudar hoy que el pueblo de Cuba tuvo en los últimos años del siglo pasado, hombres capaces de plantearse en una forma consecuente con su época el fenómeno del imperialismo yanqui; y si el desarrollo del imperialismo yanqui constituye uno de los hechos históricos fundamentales en el siglo XX, hay que llegar a la conclusión de que, cuando se escriba la verdadera historia de América, tendrá que recogerse el carácter universal de los hombres que el pueblo cubano dio en 1895.

La intervención se produjo en un momento difícil para los cubanos: cuando habíamos perdido los principales líderes, estábamos devastados por una lucha de más de treinta años y el pujante imperialismo norteamericano se encontraba en su proceso de ascenso. Los cubanos tuvieron que enfrentarse a ese hecho, cansados de combatir y sin que estuvieran presentes sus me-

jores dirigentes. Y era un hecho descomunal, de categoría histórica universal. Prueba de ello fue que más tarde Lenin calificó la guerra hispano-cubano-norteamericana como la primera guerra imperialista de Estados Unidos.

Para enfocar lo sucedido en 1898, vamos a partir de la conclusión del mejor testigo de aquellos hechos dramáticos, el General Máximo Gómez Báez. Nadie puede disputarle su condición de haber sido el hombre vivo más significativo del 98. Dijo entonces palabras que hoy estremecen nuestra conciencia patriótica.

Tristes se han ido ellos y tristes hemos quedado nosotros; porque un poder extranjero los ha sustituido. Yo soñaba con la paz con España, yo esperaba despedir con respeto a los valientes soldados españoles, con los cuales nos encontramos siempre frente a frente en los campos de batalla; pero la palabra paz y libertad, no debe inspirar más que amor y fraternidad, en la mañana de la concordia entre los encarnizados combatientes de la víspera. Pero los americanos han amargado con su tutela impuesta por la fuerza, la alegría de los cubanos vencedores y no supieron endulzar la pena de los vencidos.

La situación, pues, que se le ha creado a este pueblo, de miseria material y de apenamiento, por

estar cohibido en todos sus actos de soberanía, es cada día más aflictiva, y el día que termine tan extraña situación, es posible que no dejen los americanos aquí ni un adarme de simpatía.

Si cuando tan extraña situación terminase era posible que Estados Unidos no dejase en Cuba ni un adarme de simpatía, puedo asegurarles que ellos mismos, Maceo, Gómez y Martí nos dejaron como legado el deber de sentir un infinito respeto por todos los pueblos del mundo, incluso el de Norteamérica, pero esta extraña situación a que se refería el Generalísimo tiene que terminar de raíz y para siempre.

En aquellos años tristes, el gobierno norteamericano le impuso a la Asamblea Constituyente de 1901, que aprobase una enmienda conocida por el nombre del Senador Platt que le daba «derecho» a intervenir en nuestro país cuando lo estimasen necesario. La mayoría votó aceptándola por el temor fundado de que no le daban ni siquiera la independencia formal. Una minoría lo hizo en contra.

El testimonio de uno de ellos, Salvador Cisneros Betancourt, es de una elocuencia y una enseñanza sobre la que vale la pena reflexionar en estos finales de siglo:

Los Estados Unidos, sosteniendo los principios Justos y Republicanos de sus antecesores han prosperado y llegado al pináculo y a una grande-

za inconcebible y seguirán así, mientras tanto sostentan los principios y máximas, que el Padre de la Patria, Washington, les legó.

Por desgracias, intentan apartarse de ellas, y su ruina empezará con la adquisición arbitraria de Filipinas, Puerto Rico y la ocupación a mano armada que intentan por la fuerza posesionándose de la Isla de Pinos y aun como se comprende, de Cuba, si no de su territorio por lo menos de lo que nos es grato, de su soberanía e Independencia absoluta. Recuerden que no hay enemigo chico y que el siglo XX concluirá con su decadencia y no figurarán más entre las Naciones de primer orden. ¡Ojalá este augurio que hago no salga tan cierto como parece que va a resultar con el que hice de Cuba, cuando los americanos desembarcaron en Santiago de Cuba, que predije la pérdida absoluta de nuestra Independencia!

Si hubiéramos sido entonces un pueblo sin historia, sin tradiciones revolucionarias, el sometimiento total de la Isla al imperio naciente hubiera hecho definitivamente imposible la existencia misma de la nación cubana. Pero éramos un pueblo con historia, con una larga guerra, con una interminable cadena de rebeldías. Éramos un pueblo que se había fortalecido en el combate y que había adquirido conciencia de sus derechos; un pue-

blo con alta conciencia nacional, cuyas masas desposeídas habrían alcanzado una gran madurez política y que en 1895 desencadenó la revolución popular y democrática a la que todavía hoy aspiran muchos pueblos.

Y piénsese, además, que si la Guerra hispano-cubano-norteamericana fue, como dijo Lenin, *la primera guerra imperialista de los Estados Unidos*, habrá que llegar también a la conclusión de que la Guerra de Independencia de Cuba *fue el primer movimiento popular de liberación en el mundo con carácter antimperialista*.

Y fue precisamente Martí, que vivió durante casi quince años en Estados Unidos y conoció profundamente aquella sociedad, el que asumió la misión histórica de sintetizar todo el saber y la experiencia acumulada desde los tiempos forjadores de la nación en los planos político, social y filosófico desde los intereses de Nuestra América y organizar la guerra necesaria. Allí, desde la atalaya de New York, donde llegaban las oleadas de inmigrantes y las ideas más diversas, completó su inmenso saber y tomó cabal conciencia de que la guerra por la independencia de Cuba debía librarse tanto contra la metrópoli española como contra los apetitos imperiales del vecino del Norte

Y lo hizo partiendo de seis elementos claves:

– El inmenso saber de la modernidad europea, tal como la habían interpretado creativamente los maestros forjadores que nos representamos en Varela y Luz Caballero.

– La más pura tradición ética de raíces cristianas que, como he dicho, en Cuba nunca se situó en antagonismo con las ciencias.

– La influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido más universal y de solidaridad humana. La inmensa mayoría de los Presidentes de la República en Armas, empezando por Carlos Manuel de Céspedes, fueron masones. Lo eran también Martí, Gómez y Maceo. La epopeya de 1868 surgió con la influencia de la Gran Logia de Oriente y las Antillas.

– La cultura de raíz inmediatamente popular que nos simbolizamos en el pensamiento y sentimiento de la familia de los Maceo Grajales y especialmente del Titán de Bronce, la caracterizamos como la forma y el sentido con que la población esclava del Caribe asumió las ideas de la modernidad.

– La tradición bolivariana y latinoamericana que Martí enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, de

donde partió hacia Nueva York en 1880 y proclamó: "De América soy hijo y a ella me debo". Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.

– Las ideas y sentimientos antimperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio yanqui.

La inmensa riqueza cultural acumulada en el siglo XIX llevó al erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo, desde posiciones reaccionarias, a escribir en 1892 estas líneas paradójicas que muestran muchas cosas contradictorias:

Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, a la sombra de la bandera de la madre patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los grandes estados americanos independientes, y una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos.

La paradoja se halla en que le atribuye a la permanencia de la dominación española durante todo el siglo XIX la enorme riqueza intelectual, científica y filosófica de esa centuria cuando fue precisamente el enfrentamiento a las ideas reaccionarias de la metrópoli y el haber asumido las minorías intelectuales de la Cuba

decimonónica la más alta cultura europea y universal en una sociedad integrada por masas de esclavos y, en general, explotados, la que forjó una elevada cultura radicalmente orientada a favor de los intereses de los pobres y explotados, y es seguro que el ilustre erudito hispano no llegara a conocer el crisol de ideas de José Martí. Ello determinó que la cultura ética alcanzó escalas superiores y, a la vez, se materializó o encarnó en millones de cubanos.

Veamos ahora en forma bien concreta a partir de estas dos grandes personalidades, Maceo y Martí, la naturaleza de esta tradición ética. En cuanto a Antonio Maceo es muy importante leer su carta al general español Camilo Polavieja. En ella se observará la integridad de su carácter y el sentido más profundo de la ética cubana. Dice el General Antonio:

> *Jamás vacilaré porque mis actos son el resultado del hecho vivo de mi pensamiento y yo tengo el valor de lo que pienso, si lo que pienso forma parte de la doctrina moral de mi vida.*

En otra parte de la misma carta agrega:

> *La conformidad de la obra con el pensamiento: he ahí la base de mi conducta, la norma de mi pensamiento, el cumplimiento de mi deber. De este modo*

cabe que yo sea el primer juez de mis acciones sirviéndome de criterio racional histórico para apreciarlas, la conciencia de que nada puede disculpar el sacrificio de lo general humano a lo particular.

Más adelante señala:

Vislumbro en el horizonte la realización de éste, mi ideal, casi parecido al ideal de la humanidad, humanizado con los grandes bienes que tiene que realizar en el porvenir.

Posteriormente subraya:

No hallaré motivos para haberme desligado para con la humanidad. No es pues una política de odio la mía es una política de amor; no es una política exclusiva, es una política fundada en la moral humana.

Después dice Maceo:

No odio a nadie ni nada pero amo sobre todo la rectitud de los principios racionales de la vida.

Resulta verdaderamente admirable la rectitud del carácter de Maceo y su sentido ético. La misma integralidad en el carácter postulaban Varela y Luz. Lo

interesante está en que Maceo llega por vía muy distinta a esta percepción ética presente también en estos forjadores. Su coincidencia muestra la riqueza y fortaleza de nuestra identidad. Se trata de la integralidad cultural que vincula la tradición intelectual de los grandes maestros forjadores con el de los grandes próceres y combatientes de la lucha anticolonial y por la liberación social. Estudiemos esta cuestión de la identidad ética en el pensamiento de Martí.

En la literatura martiana encontramos el compromiso patriótico y la hermosura de su palabra mágica integrando una identidad, que lo hace dialogar con su escritura y decir: "Verso, o nos condenan juntos o nos salvamos los dos". En esta afirmación hay un sello imborrable del diseño de nuestra cultura.

En "Yugo y estrella" la imagen poética asume una dimensión filosófica y ética con tal fuerza de universalidad que deja el alma en suspenso y asumimos lo que objetivamente somos, piezas de la larga evolución de la historia natural. Se llega, en medio de nuestra insignificancia individual, a sentir como deber sagrado el de continuar luchando por un paso de avance en la historia social del hombre. Lo experimentamos también en el Cántico Cósmico de Ernesto Cardenal. La esencia de este pensar y sentir martianos se concreta y se ensambla en su prodigiosa percepción del arte. Aquí ética, filosofía y arte como una joya de nues-

donde partió hacia Nueva York en 1880 y proclamó: "De América soy hijo y a ella me debo". Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.

– Las ideas y sentimientos antimperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio yanqui.

La inmensa riqueza cultural acumulada en el siglo XIX llevó al erudito español Marcelino Menéndez y Pelayo, desde posiciones reaccionarias, a escribir en 1892 estas líneas paradójicas que muestran muchas cosas contradictorias:

Cuba, en poco más de ochenta años, ha producido, a la sombra de la bandera de la madre patria, una literatura igual, cuando menos, en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los grandes estados americanos independientes, y una cultura científica y filosófica que todavía no ha amanecido en muchos de ellos.

La paradoja se halla en que le atribuye a la permanencia de la dominación española durante todo el siglo XIX la enorme riqueza intelectual, científica y filosófica de esa centuria cuando fue precisamente el enfrentamiento a las ideas reaccionarias de la metrópoli y el haber asumido las minorías intelectuales de la Cuba

decimonónica la más alta cultura europea y universal en una sociedad integrada por masas de esclavos y, en general, explotados, la que forjó una elevada cultura radicalmente orientada a favor de los intereses de los pobres y explotados, y es seguro que el ilustre erudito hispano no llegara a conocer el crisol de ideas de José Martí. Ello determinó que la cultura ética alcanzó escalas superiores y, a la vez, se materializó o encarnó en millones de cubanos.

Veamos ahora en forma bien concreta a partir de estas dos grandes personalidades, Maceo y Martí, la naturaleza de esta tradición ética. En cuanto a Antonio Maceo es muy importante leer su carta al general español Camilo Polavieja. En ella se observará la integridad de su carácter y el sentido más profundo de la ética cubana. Dice el General Antonio:

> *Jamás vacilaré porque mis actos son el resultado del hecho vivo de mi pensamiento y yo tengo el valor de lo que pienso, si lo que pienso forma parte de la doctrina moral de mi vida.*

En otra parte de la misma carta agrega:

> *La conformidad de la obra con el pensamiento: he ahí la base de mi conducta, la norma de mi pensamiento, el cumplimiento de mi deber. De este modo*

cabe que yo sea el primer juez de mis acciones sirviéndome de criterio racional histórico para apreciarlas, la conciencia de que nada puede disculpar el sacrificio de lo general humano a lo particular.

Más adelante señala:

Vislumbro en el horizonte la realización de éste, mi ideal, casi parecido al ideal de la humanidad, humanizado con los grandes bienes que tiene que realizar en el porvenir.

Posteriormente subraya:

No hallaré motivos para haberme desligado para con la humanidad. No es pues una política de odio la mía es una política de amor; no es una política exclusiva, es una política fundada en la moral humana.

Después dice Maceo:

No odio a nadie ni nada pero amo sobre todo la rectitud de los principios racionales de la vida.

Resulta verdaderamente admirable la rectitud del carácter de Maceo y su sentido ético. La misma integralidad en el carácter postulaban Varela y Luz. Lo

interesante está en que Maceo llega por vía muy distinta a esta percepción ética presente también en estos forjadores. Su coincidencia muestra la riqueza y fortaleza de nuestra identidad. Se trata de la integralidad cultural que vincula la tradición intelectual de los grandes maestros forjadores con el de los grandes próceres y combatientes de la lucha anticolonial y por la liberación social. Estudiemos esta cuestión de la identidad ética en el pensamiento de Martí.

En la literatura martiana encontramos el compromiso patriótico y la hermosura de su palabra mágica integrando una identidad, que lo hace dialogar con su escritura y decir: "Verso, o nos condenan juntos o nos salvamos los dos". En esta afirmación hay un sello imborrable del diseño de nuestra cultura.

En "Yugo y estrella" la imagen poética asume una dimensión filosófica y ética con tal fuerza de universalidad que deja el alma en suspenso y asumimos lo que objetivamente somos, piezas de la larga evolución de la historia natural. Se llega, en medio de nuestra insignificancia individual, a sentir como deber sagrado el de continuar luchando por un paso de avance en la historia social del hombre. Lo experimentamos también en el Cántico Cósmico de Ernesto Cardenal. La esencia de este pensar y sentir martianos se concreta y se ensambla en su prodigiosa percepción del arte. Aquí ética, filosofía y arte como una joya de nues-

Así las cosas, los estudiantes y trabajadores irrumpieron con fuerza propia en el escenario político, en defensa de la Constitución de la República.

Así surgió la acción revolucionaria del Movimiento 26 de Julio, dirigido por Fidel. Este hecho produjo un movimiento moral y cultural de vasto alcance social. Es que, como hemos insistido, la realidad no se halla sólo en los fenómenos que se aprecian a simple vista, sino también en las necesidades que se encuentran en el sustrato y las esencias de la vida social. Captarlas y asumirlas de forma práctica para satisfacerlas es el mérito de los grandes forjadores de la historia.

El asalto a la segunda fortaleza militar del país significó la réplica necesaria a las implicaciones del golpe de Estado de Fulgencio Batista con el beneplácito y apoyo norteamericano. La heroicidad y audacia de los combatientes repercutieron decisivamente en la situación política y social.

La génesis de la Revolución Cubana, que en 1961 proclamó su carácter socialista, está en el Moncada. Aunque la gesta iniciada entonces no revelaba ese contenido, sí se hallaba en sus exigencias económicas, sociales y morales que, más tarde, desde 1959 y hasta 1961, sirvieron de presupuesto para un programa de esta naturaleza.

¿Cuál era el contenido presente en el programa y las aspiraciones del Movimiento 26 de Julio, que como

una constante recorren la historia de la Revolución durante casi cuarenta y cinco años? Se halla en que se fusionaron las mejores tradiciones éticas de la sociedad cubana con la necesidad de medidas emancipadoras, económicas y sociales.

Sentido ético de la vida y programa de redención humana y social estuvieron presentes en la médula de aquellos acontecimientos que Fidel describió con magnífica prosa en el documento fundador *La historia me absolverá*. La necesidad de llegar a un gran público, tal como lo impone el quehacer político, obliga a una literatura que para ser consecuente con los objetivos propuestos debe poseer rigor intelectual.

Hay un hecho objetivo: la Revolución cubana fue la primera y hasta hoy la única de inspiración socialista que triunfó en occidente. Si partimos del hecho objetivo de que las últimas cuatro décadas están marcadas por el declive del socialismo en Europa y en la URSS que condujera al derrumbe del muro de Berlín y la desaparición del Estado soviético, llegaríamos a la conclusión de que la proeza revolucionaria cubana y la sabiduría política con que se manejó por Fidel Castro todo este proceso es realmente singular. Pero lo es no sólo por los indiscutibles méritos personales de Fidel Castro, sino porque él representa una tradición revolucionaria cubana y latinoamericana que es necesario tomar muy en cuenta. No lo

estoy diciendo hoy, lo hemos creído siempre. En noviembre de 1959, cuando se produjo una complejísima discusión en el Consejo de Ministros en relación con el socialismo y cuando aún no se había declarado este formalmente por la Revolución, dije: "Para entender a Fidel hay que tener muy presente que está promoviendo la Revolución Socialista a partir de la historia de Cuba, América Latina y del pensamiento antimperialista y universal de José Martí."

Cuba siempre ha insertado los valores universales de la cultura occidental a su propio desarrollo, pero los ha asumido con carácter propio y transformándolos y enriqueciéndolos.

Así fue con el ideal cristiano, con la modernidad europea y ocurrió con el socialismo. Para entender a Cuba hoy y las razones de su capacidad de resistencia hay que estudiar la evolución económico-social del país y cómo ésta se reveló en el desarrollo de las ideas.

La significación internacional de nuestro país no se generó por una prepotencia ni por un ridículo nacionalismo estrecho, sino por la geografía, la economía y la historia de la Llave del Golfo. Ello está determinado por factores objetivos que no resultan simplemente coyunturales y que generaron una capacidad de resistencia en nuestro pueblo frente a las fuerzas que a lo largo de casi dos siglos se opusieron, primero a que Cuba fuera nación, y después trataron de aplastarla o absorberla.

Esta nación se forjó con la oposición de los mayores poderes de la época: España, Estados Unidos e Inglaterra; irrumpió el 10 de Octubre de 1868; libró una batalla de 30 años contra el poder colonial hispánico en América, cuando la metrópoli concentró todas sus energías para evitar su independencia; fue escenario de la primera guerra imperialista moderna en 1898 y, por consiguiente, del ascenso de Estados Unidos a potencia mundial, que aún cuando desvió y retrasó su desarrollo libre, no pudo aplastar, como mostró el proceso iniciado en el Moncada, la tradición patriótica que venía de la pasada centuria, en octubre de 1962 estuvo en el vórtice del suceso potencialmente más dramático y decisivo de la guerra fría, es decir, la "crisis de los cohetes", y aunque se ha mantenido contra ella el acoso imperial más violento durante casi cuatro décadas, ha resistido y mantiene en alto las banderas de su soberanía e independencia.

La idea martiana de ayudar con la independencia de Cuba y las Antillas al equilibrio del mundo tiene antecedentes en las advertencias de José María Heredia al Presidente Adams. Este último había dicho que Cuba no podía ser libre porque se apoderaría de ella un estado europeo. El insigne poeta le respondió que, en tal caso, se provocaría una convulsión social en toda la civilización occidental. A la vez, esta situación se colocó, 150 años más tarde, cuando la Crisis de Octubre, en el

centro de los más graves conflictos internacionales de la guerra fría. Potencialmente fue, sin dudas, la contradicción más peligrosa entre la URSS y los Estados Unidos.

En cierta ocasión, alguien nos preguntó que si Cuba se había podido mantener después del derrumbe porque tenía alianza secreta con un país poderoso. Le respondimos: es que los norteamericanos deben calcular lo que ocurriría con un Vietnam en el Caribe. Sus efectos sobre el equilibrio del mundo serían incalculables.

Una nación que ha tenido esta capacidad de combate y resistencia para enfrentar tan graves obstáculos durante cerca de 150 años, saldrá victoriosa en los enfrentamientos sociales, económicos y políticos generados por las novísimas formas de internacionalización de las riquezas. Estos son los problemas esenciales que se plantean a la Cuba de hoy y de mañana pero, desde luego –sépase con claridad– concierne no sólo a nuestro país, sino que ellos involucran a la moderna civilización capitalista e incluso a la humana.

Estos retos los asumimos en la Cuba actual a partir de esta gran historia y, en particular, de la conciencia revolucionaria fortalecida en estas cuatro décadas en que el sentimiento universal e internacionalista del país creció en medio de innumerables dificultades. Cuando jóvenes, se nos decía que Cuba siempre tenía que depender de un país extranjero, que Cuba no podía mantenerse sola, aislada. Luego que se hizo la Re-

volución con nuestras propias fuerzas, con nuestros propios empeños, nos confirmamos que podíamos tener un destino realmente libre e independiente en el mundo. Pero como ha dicho el compañero Fidel Castro, no escogimos el mundo en que triunfó la Revolución, y lo que pensábamos en 1959 es lo que deseamos esencialmente hoy con mayor experiencia.

Hay que recordar que en los umbrales de 1960, éramos un país sometido al neocolonialismo norteamericano, estábamos en un mundo dividido en esferas de influencia entre las potencias victoriosas de la Segunda Guerra Mundial con la singularidad de que se enmarcó en el conflicto ideológico, cultural y político entre el ideal socialista y el sistema capitalista mundial y en medio de acentuada campaña anticomunista de los primeros quince años de la guerra fría.

En contraste con este panorama internacional, sonó en todo el país una expresión popular que decía: ¡Si Fidel es comunista, qûe me pongan en la lista! Esta frase sintetizó la evolución de forma natural de lo que estaba aconteciendo en la conciencia patriótica de la inmensa mayoría del pueblo. Ella marcó para siempre la originalidad de nuestro proceso a partir de la tradición revolucionaria que hemos descrito aquí.

Estamos iniciando el siglo XXI y, por tanto, el tercer milenio de la era cristiana. Nuestra Revolución, la que forjó una nación en los tiempos de La Demajagua y la

que ha mantenido en alto sus ideales independentistas durante estos 140 años, se enfrenta a nuevos desafíos. En estas primeras décadas del siglo XXI nuevas generaciones tomarán las banderas de este legado histórico que se llama Cuba. Con las experiencias de todos estos años podemos hoy analizar el reto que el país tiene delante. En todo caso, se trata de una nueva situación a enfrentar. ¿Cómo hacerlo? En primer lugar, hay que caracterizar y actualizar la naturaleza del imperialismo; en segundo lugar, es necesario asumir de manera cada vez mas profunda las ideas cubanas tal y como pueden ser aplicadas en tiempos radicalmente diferentes al de los siglos XIX y XX.

Debemos estudiar la sociedad norteamericana, es decir, el carácter postmoderno del imperialismo –para emplear su propia expresión. Desde hace 200 años las oligarquías dominantes en Norteamérica han considerado a Cuba parte de su territorio; es una herencia ideológica que tienen que superar si no quieren poner en peligro al mundo. La idea de que Cuba les pertenece estuvo en la mente de los fundadores del Norte. El espíritu de la Doctrina Monroe se halla vivo en la mala conciencia de la sociedad norteamericana que domina sus decisiones y lo hace incurrir en locuras cada vez más evidentes que pueden llevarlos a la propia ruina del sistema norteamericano. Este hecho está siempre presente, mientras no haya un cambio radical de la política interna y externa de

Estados Unidos –y no hay duda de que la habrá–, pero mientras tanto, por un tiempo que puede ser más o menos prolongado, el peligro existe.

Hoy tenemos que enfrentar estos retos en el momento en que se aprecia un declive pronunciado de la vida espiritual norteamericana. Es cada vez más evidente, lo cual hace cada vez más peligrosa –si cabe– la situación y nos obliga, con mayor razón a desarrollar contactos con el pueblo de Estados Unidos y a profundizar en el plano de la batalla de ideas y de la cultura. Analicemos el asunto a la luz de las ideas culturales.

El carácter esencial de las contradicciones de este tipo en el mundo actual y del futuro viene dado por la capacidad que tengan las diversas culturas de ser factor de integración y equilibrio o de serlo de desequilibrio, desunión y desintegración. Veamos ahora cómo se comporta objetivamente en Norteamérica.

Como queda dicho, la integración o desintegración es el hecho central del debate cultural del siglo XXI. La situación en Norteamérica presenta señales evidentes de fractura que han sido expuestas por eminentes personalidades académicas de ese país. El profesor de la Universidad de Harvard, Daniel Bell, señala lo siguiente:

> *El capitalismo norteamericano, como he tratado de demostrar, ha perdido su legitimidad tradicio-*

nal, que se basaba en un sistema moral de recompensas enraizado en la santificación protestante del trabajo. Éste ha sido sustituido por un hedonismo que promete el bienestar material y el lujo, pero se aparta de todas las implicaciones históricas de un "sistema sibarítico", con toda su permisividad social y su libertinismo.

Luego señala:

El modernismo está agotado y ya no es amenazador. El hedonismo remeda sus estériles bromas. Pero el orden social carece de una cultura que sea una expresión simbólica de alguna vitalidad o de un impulso moral que sea fuerza motivacional o vinculatoria. ¿Qué puede mantener unidad la sociedad, entonces?

Más adelante plantea:

En esta disyunción reside la crisis cultural histórica de toda la sociedad burguesa occidental. Esta contradicción cultural constituye, a la larga, la división de la sociedad más cargada de consecuencias.

Así están las cosas en el mundo al que nos invitan a pertenecer. No nos negamos al diálogo construc-

tivo, pero tiene que fundamentarse en el principio martiano de que el mundo se injerte en nuestro país, pero que el tronco sea de nuestro país. No hay otra alternativa para entenderse no ya con el gobierno, sino con la nación, la historia y la sociedad representadas por José Martí en el siglo XIX y por Fidel Castro en el siglo XX.

En el mundo actual es deber moral de los hombres y mujeres de todas las edades y en especial de los intelectuales, estudiar los elementos desintegradores de la modernidad norteamericana . Martí, hace más de cien años, denunció la existencia en Estados Unidos de los gérmenes funestos que amenazaban con destruir ese país y precisó sus raíces fundamentales. Las describió en el divorcio, por él denunciado, que existía entre el desarrollo económico individualista y las limitaciones de la vida espiritual en Norteamérica.

Alguien me dijo una vez críticamente que yo consideraba que todo era cultura. Le respondí: ella está en todo y donde no se halla se encuentra la ignorancia, el camino de la barbarie y también la mediocridad carente de entusiasmo creativo. Recordaba Luz y Caballero que el entusiasmo nunca fue patrimonio de los mediocres.

Nuestras ideas de hoy se afincan en la tradición espiritual de la nación cubana y están presentes en la política de nuestra Revolución triunfante el 1º de Enero de 1959. Félix Varela –dijo Luz y Caballero– nos enseñó

a pensar. Podríamos agregar: Luz y Caballero nos enseñó a conocer, José Martí a actuar y Fidel Castro a vencer.

Todo este aporte del patrimonio cultural cubano, de la unión entre pensar, conocer, actuar y vencer resulta cada día más necesario para enfrentar los retos políticos, ideológicos y culturales del siglo XXI. Debemos asumir plenamente estos desafíos con Martí y sus radicales concepciones acerca de la educación como medio eficaz para alcanzar la felicidad y el mejoramiento humano: *Ser culto es el único modo de ser libre*,

El drama ha tomado dimensión infinitamente superior al de cualquier época anterior y las dificultades son también infinitamente mayores que nunca antes, pero no deja de ser el drama humano y como tal hay que enfrentarlo. Cuando se debata acerca del futuro de la civilización y de la idea del progreso en estos comienzos de siglo y de milenio hay que tomar en cuenta un principio esencial de la filosofía de Marx y Engels. No se trata de describir los fenómenos, sino de que el hombre emprenda las acciones necesarias a favor de la liberación humana.

Ha llegado la era de que la filosofía se ocupe, además de interpretar el mundo, de transformarlo. Filosofía que no encierre la idea o la aspiración de transformación no tiene valor para abordar los temas claves de nuestra época. No se trata de plantearse un modelo, sino de

un principio ético universal: la liberación del hombre por el hombre sin la cual la historia habrá concluido y no precisamente al modo que predijo un tecnócrata del imperio, sino de verdad.

Para defender los intereses de las masas trabajadoras y explotadas, que son los de la humanidad, y enfrentar los elementos del desorden que el sistema social imperialista está generando, debemos exaltar la historia de la cultura humana desde la más remota antigüedad hasta este fin de milenio sin traumas ni "ismos" ideologizantes que desde el mítico Prometeo encadenado, viene imponiéndole freno de forma dramáticamente recurrente a la imaginación, la inteligencia, la ternura y al espíritu solidario y asociativo que se halla potencialmente vivo en la conciencia y naturaleza humana.

Desde Cristo y Espartaco hasta Che Guevara hay una historia de retrocesos y avances, pero ha quedado en pie, erguida, la imagen de los grandes forjadores de las ideas redentoras y es obligación de quienes sentimos el ideal cubano orientados en el pensamiento de José Martí, alertar sobre los gravísimos problemas de desintegración cultural que una nueva fase de internacionalización de la riqueza desarrollada sobre bases imperialistas está creando en el mundo.

Cuba presenta como respuesta a la fragmentación y decadencia de las ideas modernas que se observa hoy en el mundo, la solidez de un pensamiento

cultural orientado a la integración y el equilibrio que tiene raíces en la mejor tradición occidental, la que desde José Martí los cubanos venimos renovando y actualizando con los progresos de la ciencia y la cultura universal.

Un pensamiento de Fidel Castro nos puede servir de guía esencial para emprender esta tarea:

> *El gran caudal hacia el futuro de la mente humana consiste en el enorme potencial de inteligencia genéticamente recibido que no somos capaces de utilizar. Ahí está lo que disponemos, ahí está el porvenir (...)*

Impreso en:
Imprenta de la Oficina del Programa Martiano
Noviembre del 2001
Oquendo No. 661 esq. a Estrella, Centro Habana,
Ciudad de La Habana, Cuba